HEROÍNA

(PEDRO URIS, 1996)

Esa noche, la noche anterior a su encuentro, Carlos y Cristina, separados por muchos kilómetros de distancia pero movidos quizás por la proximidad de una cita que desconocían, se despertaron a la misma hora. Cuando abrieron los ojos, a su alrededor sólo había oscuridad y silencio, pues la noche ya estaba muy avanzada y atravesaba esos momentos en los que es posible escuchar la soledad de la existencia. La distancia que existía entre los dos no era solamente física, era sobre todo moral, pues sus mundos, el que latía en el fondo de sus corazones o el que se agitaba en el exterior de sus cuerpos, eran completamente diferentes. Sin embargo, al abrir los ojos y buscar en la oscuridad los rasgos de identidad de su hogar, ambos contemplaron por unos instantes la imagen de su propio fracaso. Ese fue su primer momento en común en sus algo más de cuarenta años de vida, pues Carlos y Cristina no se habían visto nunca y cada uno de ellos desconocía la existencia del otro.

Carlos sintió la presencia de su esposa que dormía a su lado, antes de incorporarse en la cama y esconder el rostro entre las manos para protegerse de esa tristeza inexplicable que había turbado su sueño. Ella estaba allí, junto a él, como siempre. Había estado antes, cuando las cosas eran difíciles y estaba ahora, cuando la puerta del futuro parecía haberse abierto definitivamente para él, para ellos. Carlos había peleado por su vida, había recorrido un largo camino para llegar hasta esos minutos de éxito que había vivido esa mañana. Toda una vida para poder sentir en su espalda el aliento de la fortuna, para creer por una vez que pertenecía a la clase de los triunfadores. Tal como sucedía en todas las vidas de los grandes hombres que su padre le había contado en su niñez, su momento había llegado su momento por fin. ¿Por qué sentía pues esa tristeza que estaba llenando de lágrimas sus ojos? ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué veía ahora dibujarse en la oscuridad de su habitación la negra sombra del fracaso?

Esa sombra resultaba, sin embargo, familiar para Cristina que se revolvía inquieta en su cama intentando evitar el reclamo del fuego que le aguardaba en el interior del cajón izquierdo de un oscurecido mueble que había frente a su cama. A diferencia de Carlos, ella sí que sabía las razones de su tristeza, los motivos de una interminable cuesta abajo que ya duraba varios años y cuyo definitivo final parecía estar cada vez más próximo. Como Carlos, Cristina también había peleado por un objetivo en la vida, también había soñado con el éxito y el triunfo, pero ya hacía tiempo que sabía que su oportunidad, si es que alguna vez la había tenido, había pasado de largo sin ni siquiera mirarla.

Al principio, la ausencia de un futuro no importaba mucho y Cristina recordaba con cierta envidia los días del primer grupo en que actuó como cantante, cuando la juventud de sus cuerpos no concedía ningún valor a esas palabras, antes al contrario las asociaba con una especie de claudicación ante el mundo de los mayores, ante el mundo de los otros. Ante el mundo de todos aquéllos que después le habían ido dando la espalda en las sucesivas formaciones en las que había participado, siempre un peldaño, siempre una ilusión más abajo, hasta llegar a su actual conjunto, una oscura orquestina que vivía casi exclusivamente de sus actuaciones en las fiestas de unos pueblos cada vez más lejanos.

Cristina trató de dibujar en su mente los rostros de aquellos primeros compañeros que habían compartido con ella la fe y la esperanza, trató de recordar el destino que había seguido cada uno de ellos y, en el caso de aquellos que habían muerto, intentó imaginar cuál sería ahora su presente. Torpes excusas para evitar la llamada del infierno que se escondía en el cajón de la izquierda de la mesa que había frente a su cama.

No había ningún infierno en el hogar de Carlos, ni en los objetos que ocupaban el lugar que habían ocupado siempre, ni en el rostro sereno de su mujer que dormía ajena a la tormenta que agitaba el corazón de su esposo, y el hombre atribuyó aquella inexplicable sensación de desasosiego a la ansiedad acumulada en las últimas semanas de frenético trabajo para conseguir aquel importante contrato publicitario que le iba a suponer no solamente unos elevados ingresos, sino lo que para Carlos era más importante su inclusión definitiva en el mundo de las estrellas del sector. Esa campaña le iba a proporcionar el prestigio que había perseguido durante años de incertidumbres y decepciones, le iba a franquear las puertas del selecto club al que siempre había querido pertenecer, el club de los creadores del mundo de la publicidad.

Tanto Carlos como Cristina sentían la necesidad de crear algo con su trabajo, la necesidad de transmitir un sentimiento interior que, a pesar de pertenecerles íntimamente, sólo parecía poder existir fuera de ellos mismos. De modo consciente o inconsciente, buscaban atravesar en su vida cotidiana la frontera del espíritu, aunque ambos sabían que esos límites se encontraban en direcciones muy diferentes a las que ellos recorrían. No estaban tras las canciones que Cristina interpretaba con una orquestina que sólo conseguía actuaciones en las fiestas de pueblos cada vez más pequeños y remotos. No estaban tras los mensajes y las campañas que diseñaba Carlos, un puñado de mentiras brillantemente dispuestas para conseguir aumentar la penetración en el mercado de los productos de sus clientes. Tras las palabras, los signos y los sonidos de cada uno de ellos, ya fuera desde la cima del éxito o desde las simas del fracaso, no había nada y poco importaba que, en un caso, los destinatarios fueran millares de personas y, en el otro, tan sólo unas pocas. El resultado seguía siendo el mismo. Nada.

¿Eran esos mensajes las formas que Carlos veía agitarse en la oscuridad del salón de su casa? ¿Estaban allí con él todas las mentiras que había creado a lo largo de su vida, para que no olvidara en esos momentos de euforia que tras sus palabras y sus líneas no había ninguna historia, ninguna vida? Carlos llenó un vaso de agua para tragar las pastillas que se había metido en la boca, el sueño parecía ser el único medio para alejar aquellos fantasmas que le acosaban desde algún lugar desconocido de su cerebro. No era la primera vez que le asaltaba esta tristeza, pero hasta entonces siempre había aparecido asociada a momentos difíciles de su vida y Carlos había podido encontrar para ella una explicación satisfactoria que no turbara la firmeza del camino que se había marcado. Pero ahora era diferente, no había ningún motivo en el que refugiarse y Carlos sabía que la historia que dormía en el fondo de su alma no iba a cesar en su acoso. ¿Cuál era esa historia que nunca había contado y que le estaba reclamando su presencia? Carlos también sabía que esa respuesta no iba a encontrarla esa noche, no iba a encontrarla en aquel lugar, y ahora sólo podía esperar que el sueño artificial que había ingerido se despertara en su cuerpo y la oscuridad y el silencio vinieran en su ayuda.

La oscuridad de la que ahora salía Cristina al inyectarse el fuego que guardaba en el cajón del mueble que había frente a su cama. Un último momento de conciencia, un último momento de dolor, antes de entregarse al silencio de la heroína que ahora corría por sus venas. Un momento de conciencia en el que Cristina se reprochó una vez más su dependencia cada vez mayor de una droga que sabía que terminaría por quebrar para siempre su arruinada existencia.

La noche se cerró, pues, de un modo o de otro, para ellos dos y ambos olvidaron durante unas horas esa conciencia de fracaso, de existencia desaprovechada que les atormentaba.

Al atardecer del día siguiente, cuando Carlos salió de su empresa, ya se podían distinguir en el horizonte las nubes que horas más tarde cubrirían completamente el cielo. Había sido una jornada de felicitaciones y sonrisas por el éxito del día anterior y todos los compañeros de gabinete habían pasado por su despacho para evocar los meses de duro trabajo que les habían conducido hasta las puertas de la fortuna. ¡Qué tenue era la línea que separaba a los triunfadores de los perdedores, qué frágil resultaba el cristal de las adhesiones inquebrantables! Si su proyecto no hubiera sido el elegido, todos seguirían viviendo dentro de la mediocridad y muchos de ellos estarían buscando a escondidas un destino laboral que les ofreciera mejores oportunidades, en lugar de jurarse esa fidelidad eterna que sólo el éxito procura. Por eso, cuando Carlos salió de su empresa y miró hacia el logotipo que había en una de las ventanas del segundo piso, no sintió la exaltación que había vivido durante toda aquella jornada, sino tan sólo un intenso deseo de perderlo todo de vista, de olvidarse por completo de un mundo absurdo que tan pronto te da la cara, como la espalda.

Él había trabajado duro durante muchos años y había tenido ideas mejores que habían terminado en la cesta de los papeles. Había tenido mejores compañeros que se habían quedado en el camino, que habían cambiado de profesión, que habían desaparecido. Carlos entró en el coche dispuesto a olvidarlo todo, a desconectar como decía su esposa, tenía por delante una bien merecida semana de vacaciones en la que no tenían cabida las ingeniosas frases publicitarias de sus campañas, ni las caprichosas líneas de sus diseños. Olvidarse de todo, se repitió mientras daba una fugaz mirada por el retrovisor antes de salir del aparcamiento, pero no era posible olvidarse de todo. No podía olvidarse de respirar y tampoco podía olvidar que, en algún lugar de su cerebro, existía una emoción, un impulso, un sentimiento, que más pronto o más tarde iba a estallar definitivamente y Carlos no sabía qué sucedería después. Una emoción, un

impulso, un sentimiento que ahora emprendía, a muchos kilómetros de allí, un viaje hacia la cita que tenían para esa noche. Una cita que no estaba escrita en ningún sitio y que para ambos iba a ser la última.

Cristina ocultaba sus ojos tras unas enormes gafas negras, a pesar de que las nubes avanzaban implacables y cegaban casi por completo los últimos rayos de un sol que se escondía lentamente en el horizonte que se abría al final de la carretera. A sus espaldas, en la parte trasera de la furgoneta, dormitaban sus compañeros de orquestina y a su lado estaba Sergio, el miembro más joven del grupo y al que con más frecuencia le tocaba conducir. Ella tenía la vista fija en la línea que trazaba la carretera, una línea que, como su vida, se iba apagando en esa hora incierta que separa el día de la noche. Como su vida, una línea llena de curvas y recodos que prometían tras cada giro un paisaje nuevo, una nueva visión o una nueva esperanza, que, sin embargo, luego se defraudaba en la monotonía de un escenario idéntico, en la monotonía de un destino sin estrella.

— ¿Está lejos el pueblo al que vamos?

Sergio la miró con simpatía, para él cada viaje, cada actuación, por miserable que fuera, era toda una aventura. Señaló hacia las montañas que había a su izquierda.

— Allí arriba, casi en el cielo.

Cristina miró en esa dirección, pero la oscuridad creciente de la noche no le permitió distinguir nada en las laderas de aquellos montes. El cielo o el infierno, pensó, ¿qué estaba más cerca de aquel lugar que ni siquiera parecía existir?

Las últimas palabras que Carlos escuchó antes de dejarse vencer por esa somnolencia que, cuando no estaba al volante, le producían los largos desplazamientos en coche, fueron las de su compañero de viaje que trataba de explicarle sus nuevas ideas para el programa televisivo que dirigía. Una síntesis de debate y concurso que se estaba

afianzando en los índices de audiencia. Se trataba de la misma basura que él tenía entre sus manos cada día, pero Luis también se consideraba un creador, también creía que tras sus palabras y sus imágenes existía un mensaje, existía una historia. Carlos dudó unos instantes si debía comunicarle sus dudas, si podía transmitirle su creciente angustia. Era su mejor amigo y le conocía desde hacía muchos años, sus mujeres también habían intimado desde el principio y ahora reían cómplices en el asiento trasero. Ellos constituían su mundo privado, el único mundo propio que tenía, y sin embargo no podía revelarles su secreto. Sintió como los párpados se le cerraban al compás de las palabras de Luis, unas palabras que ni siquiera logró comprender. Lentamente, conforme iba penetrando en la oscuridad de sus sueños, un rostro de mujer comenzó a dibujarse sobre el negro que discurría en el exterior del vehículo, pero cuando Carlos pudo adivinar alguno de sus rasgos, su conciencia ya no se encontraba a bordo de aquel coche y la desconocida emprendió un veloz viaje de retorno hacía un lugar que Carlos aún no conocía.

Un lugar sin nombre, sin rostro, sin nada. Un lugar como todas las noches, pensó Cristina cuando bajó de la furgoneta y contempló la plaza en la que habían colocado la plataforma que iban a utilizar como escenario. Sergio y sus compañeros ya estaban instalando las torres de sonido, mientras Lalo, el jefe y relaciones públicas del grupo, hablaba animadamente con un grupo de concejales, pensando sin duda en conseguir cuanto antes el dinero que les habían prometido por su actuación. Cristina sintió en su cuerpo los escalofríos de la ansiedad y miró con desesperación el reloj, aún faltaban dos horas para la medianoche y su cuerpo ya se agitaba reclamando esa dosis que cada noche le acercaba unos metros hacia la fosa en la que yacería para siempre. En aquel lugar o en cualquier otro, aquella misma noche o una de las siguientes en la que nada sería diferente.

Sólo una dosis pequeña para contener su cuerpo, se dijo, sólo algo para poder actuar esa noche. Cristina volvió lentamente hacia la furgoneta consciente de que cada uno de esos pasos que estaba dando en aquel lugar perdido en las montañas del horizonte era un paso hacia su tumba. ¿Cerca del cielo o cerca del infierno? ¿Qué diferencia había?

Una hora más tarde, la voz de Sergio la devolvió al mundo real del que había escapado durante ese tiempo.

— Tienes que cortar con eso, no vas a poder soportarlo.

Cristina le miró con cariño, conmovida por el brillo de vida que había en los ojos del muchacho.

— ¿Cuánto tiempo me queda?

— Nada, ya hemos empezado, dos temas más y apareces tú. Te tienen preparada una sorpresa.

— ¿Una sorpresa? ¿Ha sido idea del jefe?

— No, ha sido cosa de la gente del pueblo, quieren que aparezcas en el escenario como una auténtica estrella de la canción.

Cristina miró a través de la ventanilla de la furgoneta el grupo de personas que bailaban en la improvisada pista siguiendo el rutinario compás de sus compañeros de grupo.

— La reina de la noche.

Sergio le guiñó un ojo mientras salía.

— La reina de esta noche, para nosotros es la única noche que existe.

Cristina se puso en pie y contempló su figura en el espejo que había en la puerta trasera del vehículo. Se estiró las medias y se ajustó el sujetador, intentando componer la imagen imposible de una reina en el último lugar de este mundo. Después lanzó un beso a su reflejo mientras cubría sus ojos con unas gafas negras, en cualquier caso era la única reina que tenían, la reina de esta noche. Su noche.

Cuando terminó la canción, las luces de la plaza se apagaron y sólo los focos de colores intermitentes del escenario iluminaron la noche. Más allá de esas luces no existía nada, no existía nadie, se dijo Cristina mientras subía al escenario moviendo su cuerpo malgastado al ritmo del bolero que ahora interpretaban sus compañeros con más ganas que de costumbre.

La magia que corría por sus venas se despertó de golpe cuando comenzó a cantar y Cristina creyó ver en el horizonte, más allá del escenario, más allá de sus compañeros, más allá de los habitantes de aquel pueblo, como el mundo por una vez le estaba escuchando a ella. En ese momento, en la oscuridad que la rodeaba se despertó un castillo de fuegos artificiales y las palmeras luminosas que incendiaron el cielo llevaron la magia maldita de sus venas hasta los límites del mundo.

La luz de los fuegos artificiales iluminó durante unos minutos aquel pueblo semioculto en la ladera de la montaña y Carlos le hizo una indicación a Luis que conducía desorientado desde hacía algún tiempo.

— Allí hay un pueblo, deberíamos acercarnos y preguntar. Quizás no sea necesario volver atrás.

Luis tomó una pequeña desviación que había a su izquierda y se dirigió hacia aquel lugar, apenas guiado por esas luces efímeras que estallaban de tiempo en tiempo en el cielo.

— ¿Dónde estamos? No había ningún pueblo en el mapa.

Los recodos de un camino que parecía flotar en las nubes ocultaban por momentos las luces del pueblo y sólo los destellos de los últimos cohetes les aseguraban que continuaba allí, en algún lugar de la ladera de aquella montaña. Al doblar una curva idéntica a todas las otras que habían sorteado, las primeras casas del pueblo aparecieron ante sus ojos y Luis se dirigió hacia una finca que lucía un letrero de neón en una de sus puertas.

Al salir del coche, Carlos escuchó por primera vez la voz de Cristina y, mientras sus compañeros de viaje y de vida entraban en el bar para tratar de averiguar la dirección de su destino, él comenzó a andar por las callejuelas de aquel pueblo siguiendo el camino que le marcaba aquella voz de mujer.

Cristina, sin dejar de seguir con sus caderas el ritmo de la música, se acercó a Lalo que estaba de pie junto a un pequeño teclado.

— La siguiente quiero que sea mi canción.

Lalo la miró incrédulo. ¿Cómo quería que interpretaran aquella canción en aquel lugar? La gente que les estaba escuchando sólo pedía un poco de marcha para mover el cuerpo, para eso les pagaban.

— Estás loca, metes esa canción y cortas el poco ambiente que hay abajo.

— No es para la gente que nos paga, quiero cantar para el horizonte. No ves que nos está escuchando.

Lalo buscó los ojos de Cristina tras los cristales oscuros de sus gafas tratando de hallar una respuesta, pero en ellos sólo encontró el vacío. Hacía tiempo que se conocían y Lalo había asistido a su lento deterioro físico y moral, ella nunca había aceptado el mediocre papel que les había tocado jugar en el mundo de la canción y ése había sido

para Lalo su principal error. Quiso negarse, pero el vacío que seguía brillando en la mirada de Cristina se lo impidió.

— De acuerdo, la próxima tu canción.

Cristina buscó de nuevo el centro del escenario sin dejar de mover su cuerpo al compás de la música. Aquella era la única canción que había compuesto en su vida y ahora iba a interpretarla con todas sus fuerzas, iba a lanzar a ese horizonte que la contemplaba distante todo el talento que había desperdiciado en una vida sin estrella. Su noche había llegado por fin.

La música cesó unos instantes y Carlos se detuvo en el cruce de dos calles sin saber cuál de ellas tomar. Permaneció inmóvil, desconcertado en una noche que no conocía, hasta que escuchó de nuevo la voz de Cristina que ahora hablaba con palabras diferentes y, guiado por la magia de una canción que no era de aquel lugar, recorrió la escasa distancia que le separaba de la plaza.

Carlos vio la imagen de Cristina unos instantes antes de que la mujer apareciera ante sus ojos, de modo que, cuando caminó hacia ella entre toda aquella gente que se movía con dificultad en un ritmo que les era extraño, Carlos pensó que la conocía desde hacía mucho tiempo. Entonces supo cuál era la historia que había querido contar a lo largo de toda su vida, no era ninguna de las frases publicitarias que había ideado en casi veinte años de profesión, ni tampoco las líneas y los colores que había prestado a productos que él jamás compraría. El sólo había querido contar la historia de aquella mujer, la historia de aquella canción. Toda una vida para una sola historia y no había sido capaz de contarla.

Al final de la primera estrofa, Cristina cerró los ojos unos instantes tratando de viajar con la música lejos de aquellas gentes, intentando llegar hasta ese lugar en el

mundo que nunca había encontrado. Refugiada en la oscuridad que guardaba en el fondo de sus ojos, Cristina encontró la grandeza que había perseguido toda su vida, y descubrió que no estaba construida ni de dinero, ni de gloria. Esa grandeza se encontraba en la intensidad de un sentimiento que fuera sólo suyo, en la sinceridad de una emoción que la diferenciara de todos los otros. Animada por esta revelación que alejaba por unos instantes la sombra de su tumba, Cristina reunió todo el aliento que quedaba en su alma cuando las notas de sus compañeros le dieron la entrada de la siguiente estrofa. Abrió los ojos tratando de contemplar cómo sus palabras flotaban en el horizonte y entonces vio al hombre que avanzaba hacia ella atraído por la magia de su canción. Ese hombre no estaba antes allí, ese hombre no era de aquel lugar. ¿De dónde procedía? ¿De las profundidades de la noche o del infierno de su imaginación?

Carlos sintió como la voz de Cristina recorría lugares de su alma que ni siquiera conocía, encontró en las líneas de su cuerpo la imagen de la heroína de una historia que había latido desde siempre en su corazón. Una historia para vivirla o una historia para contarla, tanto daba, una historia que se le había escapado para siempre.

Cristina buscó la parte del escenario que estaba descubierta para poder sentir sobre su rostro las agujas de lluvia que comenzaban a caer del cielo. Movió su cuerpo hacia allí siguiendo las líneas que la melodía dibujaba en el aire, manteniendo la mirada fija sobre aquel hombre que estaba escuchando su canción. Cuando sintió la humedad del cielo sobre su piel, Cristina cerró nuevamente los ojos tratando de reunir toda la vida que le quedaba para entregarla con las últimas palabras de su canción.

Carlos escuchó a sus espaldas la voz de Luis que le apremiaba a continuar el viaje.

— ¿Qué haces aquí? Tenemos que volver atrás, esta carretera no conduce a ningún sitio.

Carlos aún miró unos instantes el cuerpo de aquella mujer que intentaba escapar desesperadamente de la mediocridad de un entorno miserable, antes de seguir a Luis hacia la salida de la plaza. Mientras caminaba supo que ya nunca contaría ninguna historia, supo que al día siguiente, a la semana siguiente, o al año siguiente, sólo tendría entre sus manos las mentiras que le habían acompañado hasta entonces. Aquella noche sólo había sido una mirada a la vida que no había sabido vivir, una mirada a una vida que no conducía a ningún lugar.

Cuando Cristina volvió a abrir los ojos, Carlos ya no estaba allí y la mujer nunca supo si realmente había estado alguna vez o tan sólo había vivido en las fronteras de su imaginación. Buscó con su mirada la línea del horizonte, mientras agotaba las últimas palabras de su canción, mientras agotaba los últimos instantes como heroína de una historia que no había sido capaz de vivir a lo largo de una existencia malgastada. Una vida sin estrella que ahora apagaba para siempre la magia maldita de la heroína que corría por sus venas.